

# El oráculo de las Sibilas

Manuel Domínguez Merino

*Dies irae, dies illa,  
Solvat seclum in favilla:  
Teste David cum Sibylla<sup>1</sup>*

(¡Oh día de ira aquél en que el mundo se disolverá, atestiguándolo David y la Sibila!)

Recientemente, en un viaje a la ciudad de Oropesa, en su magnífica iglesia parroquial, pude apreciar, entre otras muchas cosas admirables, un conjunto arquitectónico de estilo renacentista, con portada principal de estilo plateresco, planta de cruz latina y ábside poligonal. En la amplia sacristía, presidida por una talla en madera del Beato Alonso de Orozco, patrono de Oropesa, además de una descomunal cajonería primorosamente tallada del siglo XVI, cuelga de los muros una buena colección de cuadros antiguos de temas diversos, entre los que pude contemplar uno de tamaño medio, representando una “santa”, con su halo luminoso rodeando su cabeza y una leyenda del tenor siguiente: *Sibylla Delphica nata sine coitu*, ( la Sibila Delfica, nacida sin mediar coito). Ni el párroco ni el vicario habían reparado en el texto y quedaron tan maravillados como yo mismo ante el tan sorprendente milagroso nacimiento. Considerada desde la antigüedad la importancia de estos personajes – las sibilas - y otros, como magos, oráculos, pitonisas, augures y profetas en su relación con la tradición cristiana, sabemos que muchos de estos seres han estado unidos al vaticinio de sucesos de importancia, tanto en lo referido a la figura de Cristo como a la de su santa Madre. Podemos recordar aquellos versos de la égloga IV del poeta romano Virgilio, en que canta la venida de un niño. “Llegada es ya la postrera edad del vaticinio de Cumas. Ya retorna la virgen y el reino de Saturno; ya del alto cielo nos es enviada una nueva progenie. Favorece tú, casta Lucina, al niño que ahora nace, por quien primeramente cesará una gente de hierro y una gente de oro surgirá por todo el mundo.[...] Para ti, Niño, sin ningún cultivo la tierra derramará en abundancia sus primeros dones: hiedras tenaces, con bácar por doquiera y colocasias con risueño acanto. La misma cuna brotará para ti suaves flores..., la rubia uva colgará de las inculcas zarzas y las duras encinas sudarán rocío de miel. [...] <Tales siglos, corred>, dijeron las Parcas a sus husos. Mira cómo todo se alegra por el siglo que ha de venir”. Son estas algunas líneas del profético canto que el poeta mantuano dedica al cónsul Asinio Polión en el año 40 a. de Cristo y le vaticina el retorno de la edad de oro, porque va a nacer un Dios infante. Este solemne poemita se despliega en versos patéticos y proféticos y está envuelto todo él en sombra y en misterio. Aquí vemos el vaticinio de la sibila de Cumas. La virgen que retorna es Astrea, hija de Zeus y de Temis, que durante la edad dorada habitó la tierra y luego se remontó al cielo, colocándose entre las constelaciones. Mucho más antiguas son las palabras que Isaías<sup>2</sup> dedica también al nacimiento de un niño: “El Señor mismo os dará esto por señal: He aquí que la virgen grávida da a luz un niño y se llamará Enmanuel y se alimentará de leche y miel.”<sup>3</sup> “Porque nos ha nacido un niño que tiene sobre sus hombros la soberanía y será llamado maravilloso Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la Paz, para dilatar el imperio y dar una paz ilimitada sobre el

<sup>1</sup> Secuencia de la misa de difuntos, de un autor anónimo del siglo XII.

<sup>2</sup> Este profeta es contemporáneo de la fundación de Roma, o sea, del siglo VIII a. de Cristo.

<sup>3</sup> Is. 7.14-16.

trono de David y de su reino”<sup>4</sup> “Brotará un retoño del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago, sobre el que reposará el espíritu de Yahvé [...] Habitará el lobo con el cordero y comerán juntos el becerro y el león y un niño pequeño los pastoreará [...] y el león como el buey comerán paja, el niño de teta jugará junto a la bura del áspid”<sup>5</sup>. “Exultará el desierto y la estepa como un narciso [...], la lengua de los mudos cantará gozosa [...], lo que fue cubil de chacales se cubrirá de cañas y juncos”<sup>6</sup>. Más adelante hablará del “varón de dolores”: “He aquí que mi siervo prosperará, será elevado, ensalzado y puesto muy alto. De él se pasmaron muchos, tan desfigurado estaba su aspecto que no parecía ser de hombre”<sup>7</sup>. “Despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores [...], menospreciado, el que soportó nuestros sufrimientos [...], no abrió la boca; como cordero llevado al matadero [...]. Por eso yo le daré muchedumbres y dividirá la presa con los poderosos [...], por haber llevado sobre sí los pecados de muchos e intercedido por los pecadores.”<sup>8</sup>

Esta visión profética de Isaías, muy anterior a los acontecimientos que vaticina, debió de ser conocida por otros pueblos, como griegos y romanos, creándose un sentimiento religioso en la conciencia de ellos, según hemos visto en el poema virgiliano citado. San Agustín, el gran doctor de occidente, opina que Rómulo, fundador de Roma en el año c. 753 a. de C., era contemporáneo de los reyes de Judá Ozías (734-716), Ezequías (716-687) y Oseas (732-721), último rey de Israel. “En esta misma época – afirma – la sibila de Eritrea escribió sobre Cristo profecías evidentes”. El santo obispo de Hipona explica así su afirmación: El procónsul Faciano le mostró un día, en una colección griega de oráculos de esta sibila, un poema, cuyas primeras letras de sus versos en acróstico formaban las palabras ‘*Jesucristo, hijo de Dios Salvador*’. Estas son sus primeras líneas:

*“Iudicii ... Signo de juicio: la tierra se llenará de sudor.  
E coelo... Del cielo vendrá e rey que reinará por siempre.  
Scilicet .. Para juzgaren persona a la carne de la tierra.  
Unde ... Por eso el creyente y el fiel lo verán”*

San Agustín comprobó que en el poema citado no se hablaba de dioses falsos y pensó que la sibila de Eritrea era digna de ser tenida entre los hijos de la ciudad de Dios y recogió otros oráculos sibilinos, que Lactancio, escritor cristiano del s. IV, incluía en su *Divinarum Institutionum libri VII*, primera obra latina en que, de modo sistemático, se expone la misión mundial del cristianismo. Él mismo menciona con admiración y respeto textos misteriosos, acercando así el cristianismo al mundo pagano.

Tomadas del mundo pagano, encontramos mezcladas con santos y profetas de Israel – como vimos en la sacristía de Oropesa - extrañas figuras femeninas. Son las llamadas sibilas o “profetisas”, a las que san Agustín y las viejas tradiciones cristianas atribuyen el haber profetizado la venida del Mesías. De hecho, los apologetas del s.II recogieron los oráculos sibilinos: san Justino, san Teófilo de Antioquía, Atenágoras de Atenas, Clemente de Alejandría y el mismo Tertuliano.

M. Terencio Varrón (116-27 a. de J. C.), erudito romano y uno de los sabios más ilustres de su tiempo, cree que había hasta un número de diez sibilas que profetizaron en varios países: Persia, Libia, Delfos, Tracia, Cimeria, Eritrea, Samos, Cumas, Helesponto, y Frigia.

Desde los tiempos de la Grecia antigua las sibilas eran unos seres femeninos de espíritu profético, vírgenes inspiradas que predecían el futuro, habitando en oscuras cavernas. Los autores discrepan sobre su número, su nombre, su patria y su historia. La más conocida es, sin duda, la de Cumas. Cuenta la mitología que Apolo, enamorado de ella, le prometió acceder a uno de sus ruegos si cesaba de mostrarse indiferente. Deifobea, tal era su nombre, recogiendo un puñado de arena, le pidió poder vivir tantos años como granos tenía en la mano y su deseo le fue concedido, pero después ella se burló de Apolo y huyó. Había pedido la longevidad y no la juventud al mismo tiempo, de manera que, a los cuarenta años, sintió debilitarse su lozanía y su voz se apagó. Al

<sup>4</sup> Is. 9. 6-7.

<sup>5</sup> Is. 11. 1-8.

<sup>6</sup> Is. 35. 1, 2, 6 y 7.

<sup>7</sup> Is. 52. 13-14.

<sup>8</sup> Is. 53. 3-12.

llegar Eneas al Lacio, fue a consultar a esta sibila y ella lo introdujo en los infiernos. Ya muy anciana, misteriosamente llevó a Roma los libros poéticos llamados Sibilinos y los entregó al entonces rey Tarquinio el Soberbio. Cubierta con un tupido velo pidió hablar con el soberano y, al mostrarle los manuscritos, le dijo: “Príncipe, quiero cobrar trescientas monedas de oro por estas hojas en que se encierran los destinos de Roma”. Desde entonces cuanto hubiera de importancia relacionado con los destinos de la ciudad era previamente consultado en ellos, como oráculo permanente, respetado e infalible. Un colegio de sacerdotes llamados quindecinviros atendía a su conservación y ellos solamente tenían derecho a interpretarlos. Cuenta el poeta Virgilio que la sibila de Cumas utilizaba hojas de palmera para escribir sus visiones. Según el historiador Francesco Bertolini, “el vaticinio que la sibila hizo a Augusto del advenimiento milagroso del Redentor, que había de nacer de una virgen; leyenda histórica a que se debe la fundación del templo de Aracoeli, y consagrada por la Iglesia (*teste David cum Sybilla*), atestigua la importancia que los libros sibilinos conservaron a través de los siglos, protegidos por los césares. Octaviano Augusto, para mejor honrarlos, los hizo transportar sobre el Palatino, al templo de Apolo”.<sup>9</sup>

Todo lo que nos queda se contiene en los catorce libros de poemas didácticos compuestos por los cristianos orientales del s. II, a partir de textos redactados por los judíos de Alejandría en el s. I antes de nuestra era, inspirados a su vez en palabras atribuidas a las sibilas. Dante, santo Tomás de Aquino, Miguel Angel, Rafael y Calderón las respetaron en sus trabajos. Luis Reau en su libro *Iconografía del arte cristiano* atribuye a cada una de las sibilas las siguientes profecías:

La sibila *Pérsica* profetizó un Salvador de las naciones; la sibila *Líbrica* anunció la venida del Salvador; la *Eritrea* profetizó la Anunciación, la segunda venida del Redentor y el Juicio final; la de *Cumas*, el nacimiento de Cristo en Belén; la de *Samos*, el nacimiento de Jesús en un establo; la *Cimeria*, la manera como la Virgen amamantaba a su Hijo; la *Europea*, profetizó la huida a Egipto; la *Tiburtina* o *Romana*, además del Nacimiento profetizó también los malos tratos de que Cristo sería objeto en su Pasión y la sibila *Agripa* vaticinó la flagelación del Señor; la sibila *Délfica* anunció la coronación de espinas; la del *Helesponto*, la crucifixión, y la sibila *Frigia* profetizó la resurrección de Cristo. El culto cristiano admitió como artículo de fe tales profecías y de ahí el origen del *Canto de la Sibila*, extendido por diversos territorios, y al que dedicó atención detallada E. de Coussemaker en su *Histoire de l'Harmonie au Moyen Age*.

En este *Canto de la Sibila* de los maitines de Navidad el cantor solista dialogaba con los fieles,<sup>10</sup> advirtiendo que alguna vez se acabaría el mundo. “¡Ay triste vida corporal, cruel, tan desigual! ¡Triste de mí! ¡Qué haré yo!” Una de las versiones más antiguas está contenida en un *Homiliario* visigótico de la catedral de Córdoba, del que reproducimos un fragmento.

---

<sup>9</sup> *Historia de Roma*. Edimat Libros, S.A. EDMHISTR. Roma, 1999., pág. 46.

<sup>10</sup> En nuestra parroquia de Santa Eulalia de Mérida la noche del 24 de diciembre /99 cantamos por primera vez el *Anuncio del Nacimiento del Señor* – Canto de la Sibila – en el que, entre otras cosas, se dice: “Hermanos, os anunciamos una buena noticia..., escuchadla con corazón gozoso. Habían pasado miles de años desde que Dios creó el cielo y la tierra...; miles y miles de años desde que quiso que apareciera en la tierra el hombre; unos dos mil años que Abrahán, padre de nuestra fe, se dirigiera a una tierra desconocida...; unos mil doscientos años que Moisés hizo pasar el Mar Rojo a los hijos de Israel; unos mil años que David fue ungido rey de Israel...; durante la Olimpiada noventa y cuatro, el año setecientos cincuenta y dos de la fundación de Roma; el año catorce del reinado del emperador Augusto, cuando en el mundo entero reinaba una paz universal, hace mil novecientos noventa y nueve, en Belén de Judá..., en un pesebre..., de María Virgen, esposa de José..., nació Jesús Dios eterno..., llamado Mesías y Cristo, que es el Salvador que los hombres esperaban... Alegraos, haced fiesta y celebrad la mejor noticia de toda la historia de la humanidad”.